

En la mañana del 29 de diciembre de 1890, el jefe siux Pie Grande y cerca de 350 de sus seguidores acamparon en las orillas del arroyo Wounded Knee. Había una tropa estadounidense que rodeaba su campamento, encargada de detener a Pie Grande y desarmar a sus guerreros. El panorama era tenso. Los problemas se venían gestando desde hace meses.

The hope
of the
Ghost Dance

Los otrora orgullosos siux vieron cómo se destruía su vida en libertad y el búfalo desaparecía, con ellos confinados en reservas que dependían de los agentes indígenas para su existencia. En un intento desesperado por volver a sus días de gloria, muchos buscaron la salvación en un nuevo misticismo predicado por un chamán paiute llamado Wovoka. Emisarios de los siux de Dakota del Sur viajaron a Nevada para escuchar sus palabras. Wovoka se llamaba a sí mismo el Mesías y profetizaba que los muertos pronto se unirían a los vivos en un mundo donde los indígenas podrían vivir a la antigua, rodeados de abundante caza. Una avalancha de suelo nuevo cubriría la tierra, enterraría a los blancos y restauraría la pradera. Para que el evento ocurriera lo más pronto, los indígenas debían bailar la Danza de los espíritus. Muchos bailarines llevaban camisetas de colores brillantes con imágenes de águilas y búfalos. Creían que estas "camisetas espirituales" los protegerían de las balas de los casacas azules. Durante el otoño de 1890, la Danza de los espíritus se extendió por las aldeas siux de las reservas de Dakota, revitalizando a los indígenas y llevando el miedo a los blancos. Un desesperado agente indígena en Pine Ridge envió un telegrama a sus superiores en Washington: "Los indígenas están bailando en la nieve y son salvajes y locos... Necesitamos protección y la necesitamos ahora. Los líderes deben ser arrestados y confinados en algún puesto militar hasta que se calme el asunto, y esto debe hacerse ahora". Se dio la orden de arrestar al jefe Toro Sentado en la reserva de Standing Rock. Toro Sentado murió en el intento el 15 de diciembre. El jefe Pie Grande era el siguiente en la lista.

Cuando se enteró de la muerte de Toro Sentado, Pie Grande condujo a su gente hacia el sur para buscar protección en la reserva de Pine Ridge. El ejército interceptó a la banda el 28 de diciembre y la llevó al borde de Wounded Knee para acampar. A la mañana siguiente, el jefe, enfermo de neumonía y moribundo, se sentó entre sus guerreros y habló con los oficiales del ejército. De repente, el sonido de un disparo atravesó la oscuridad de la madrugada. En cuestión de segundos, la atmósfera cargada estalló cuando los valientes indígenas se apresuraron a recuperar sus rifles desechados y los soldados dispararon, ráfaga tras ráfaga, en el campamento siux. Desde las alturas, los cañones Hotchkiss del ejército arrasaron los tipis de los indígenas con metrallas. Las nubes de humo de las armas llenaban el aire mientras hombres, mujeres y niños luchaban por sus vidas. Muchos

corrieron hacia un barranco cerca al campamento, pero fueron abatidos por el fulminante fuego cruzado.

Cuando el humo se disipó y los disparos cesaron, aproximadamente 300 siux habían muerto, entre ellos, Pie Grande. Veinticinco soldados perdieron la vida. Mientras los soldados restantes comenzaron la sombría tarea de retirar a los muertos, cruzó una tormenta de nieve desde el norte. Unos días después, volvieron para completar el trabajo. Los combates dispersos continuaron, pero la masacre de Wounded Knee acabó con el movimiento de la Danza de los espíritus y puso fin a las guerras indígenas.

Philip Wells fue un siux mestizo que sirvió de intérprete para el ejército. Más tarde, relataría lo que vio aquel lunes por la mañana:

"Yo interpretaba para el general Forsyth (*Forsyth era en realidad un coronel*) justo antes de la batalla de Wounded Knee, el 29 de diciembre de 1890. Se había ordenado a los indígenas capturados que entregaran sus armas, pero Pie Grande respondió que su gente no tenía armas. Forsyth me dijo: 'Dile a Pie Grande que él dice que los indígenas no tienen armas, y sin embargo ayer estaban bien armados cuando se rindieron. Me está engañando. Dile que no debe tener miedo a entregar sus armas, ya que deseo tratarlo con amabilidad'. Pie Grande respondió: 'No tienen armas, excepto las que tú has encontrado'. Forsyth declaró: 'Me estás mintiendo a cambio de mi amabilidad'.

Durante este tiempo, un curandero, vestido llamativamente y pintado fantásticamente, ejecutaba las maniobras de la Danza de los espíritus, levantando y lanzando polvo al aire. Exclamaba '¡Ja! ¡Ja!' mientras lo hacía, lo cual significaba que estaba a punto de hacer algo terrible, y dijo: 'He vivido lo suficiente', con lo cual quería decir que lucharía hasta morir. Dirigiéndose a los jóvenes guerreros que estaban en cuclillas, les dijo: 'No teman, pero dejen que sus corazones sean fuertes. Muchos soldados nos rodean y tienen muchas balas, pero estoy seguro de que sus balas no pueden penetrarnos. La pradera es grande, y sus balas volarán sobre las praderas y no vendrán hacia nosotros. Si vienen hacia nosotros, desaparecerán como el polvo en el aire'. Me volví hacia el mayor Whitside y le dije: 'Ese hombre está haciendo travesuras', y repetí lo que había dicho. Whitside contestó: 'Ve directamente con el coronel Forsyth y cuéntaselo', y eso hice.

Forsyth y yo fuimos al círculo de guerreros, donde me dijo que le dijera al curandero que se sentara y se callara, pero no hizo caso a la orden. Forsyth repitió la orden. El cuñado de Pie Grande contestó: 'Se sentará cuando dé la vuelta al círculo'. Cuando el curandero llegó al final del círculo, se puso en cuclillas. Un sargento de caballería exclamó: '¡Ahí va un indígena con un arma bajo su manta!' Forsyth le ordenó que le quitara el arma al indígena, lo cual hizo. Whitside me dijo entonces: 'Dile a los indígenas que es necesario que los registren de uno en uno'. Los jóvenes guerreros no prestaron atención a lo que les dije. Oí a alguien a mi izquierda exclamar: '¡Cuidado! ¡Cuidado!' Vi a cinco o seis jóvenes guerreros desprenderse de sus mantas y sacar las armas de debajo de ellas y blandirlas en el aire. Uno de los guerreros disparó contra los soldados, que recibieron la orden de disparar contra los indígenas. Miré en dirección al curandero. Él o algún otro curandero se acercó a menos de un metro de mí con un largo cuchillo de queso, afilado y levantado para apuñalarme. Me apuñaló durante el tumulto y casi me cortó la nariz. Lo retuve hasta que pude blandir mi rifle para golpearlo, lo cual hice. Le disparé y lo maté en defensa propia.

La tropa "K" se situó entre las tiendas de las mujeres y los niños y el cuerpo principal de los indígenas, que habían sido convocados para entregar sus armas. Los indígenas comenzaron a disparar contra la "Tropa K" para ganar el cañón del arroyo Wounded Knee. Al hacerlo, expusieron a sus mujeres y niños a su propio fuego. El capitán Wallace fue asesinado en ese momento mientras estaba al frente de sus tropas. Una bala, que le impactó en la frente, le arrancó la parte superior de la cabeza. Empecé a arrancarme la nariz, que me colgaba de la piel, pero el teniente Guy Preston gritó: '¡Dios mío, hombre! ¡No hagas eso! Puede tener solución'. Luego me llevó lejos de la escena del problema'.

Referencias:

Brown, Dee, "Bury My Heart at Wounded Knee" (1971); Jensen, Richard, et. al, "Eyewitness at Wounded Knee" (1991); Utley, Robert M., "The Last Days of the Sioux Nation" (1963); Wells, Philip, "Ninety-six Years among the Indians of the Northwest", North Dakota History, 15, no. 2 (1948).

Fuente: "Massacre At Wounded Knee, 1890", EyeWitness to History, www.eyewitnesstohistory.com (1998).